

Selectividad

El final de curso está a la vuelta de la esquina, pero no a todos les parece igual de emocionante. Pensamos en los alumnos de COU. Son ellos los que, preocupados, somatizan nerviosamente este final. Están acabando una etapa e inician en parte su futuro tan desconcertante como prometedor. Y en medio de este periodo de cambio la selectividad, calificada de tantas maneras por profesores, padres y alumnos.

Para los representantes de la enseñanza superior es una prueba de madurez, para algunos centros escolares es además un test de su nivel educativo, para los alumnos en su mayoría una mala pasada, un listón que deben superar, y temen que destruya sus ilusiones sobre la carrera soñada.

Se ha discutido en infinidad de ocasiones y durante muchos años sobre lo innecesario de la prueba: ¿sería mejor omitirla? Se la modificó en algún aspecto pero ahí sigue. En la actualidad, se está debatiendo, por comparación con la enseñanza secundaria en proceso de reforma, la necesidad de renovar –por qué no– el sistema de la famosa selección. De todas formas, la prueba seguirá.

Selectividad es selección. Una selección que se justifica en la desproporción entre la oferta de plazas universitarias y la demanda de matrículas para las distintas facultades; una desproporción que se atisba más profunda entre las necesidades de la sociedad (número de médicos, abogados, ingenieros) y la enorme cantidad de ciudadanos voluntarios para ocupar tales puestos. No todos podrán hacer realidad sus deseos. Y la sociedad hace su selección, elige a *los académicamente mejores*. Si nos fijamos en los países próximos, ya algo más que vecinos, de la Unión Europea, comprobaremos que también ellos seleccionan de un modo parecido al nuestro.

Resulta inevitable el malestar que la selección provoca entre los no elegidos. Y no son pocos los que en defensa propia traen a colación numerosos ejemplos de ilustres profesionales, algunos geniales, cuyos resultados académicos no hacían prever precisamente su brillante futuro (¿quién no conoce la historia del suspenso de Einstein? Pero hoy, la pauta del sentido común viene con la marca de la estadística. Si un valor se repite a lo largo de los años tenderá a mantenerse en el futuro. De ahí que quien haya sido buen estudiante en el bachillerato, también obtendrá buenos resultados en COU. Puntuación que, en general, coincidirá con la de la prueba de acceso a la Universidad (así lo afirma un estudio sobre la Selectividad en el año 1995 realizado en la Autónoma de Madrid).

Los medios y los recursos son limitados. Y si es preciso proceder con racionalidad en su gestión, no lo es menos hacerlo con las potencialidades de las personas que van a necesitar beneficiarse de los bienes colectivos. Sólo nos queda que la inevitable selección sea lo más justa posible y que, como aconsejaría Maquiavelo, además de serlo no olvide también parecerlo. ¿Quién deberá seleccionar? ¿Los centros de bachillerato? ¿La Universidad? ¿Cada Facultad? ¿Cuál será el criterio conforme al cual se elijan las materias de las que serán examinados? ¿Cómo podrá reducirse al mínimo la inevitable subjetividad en la corrección de algunas materias? ¿Cómo se garantizará la igualdad en la exigencia, independientemente de las opciones o de la procedencia de los estudiantes?